



AÑO IV

← BARCELONA 23 DE FEBRERO DE 1885 →

NÚM. 165

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL AUTOR PREDILECTO, cuadro por E. Grutzner

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA MUÑECA, por don José Zahonero.—LAS AVENTURAS DE UN MUERTO (*conclusion*), por don Gaspar Nuñez de Arce.—ESTUDIOS PRÁCTICOS SOBRE LA MARCHA DEL HOMBRE, por don M. A.

GRABADOS.—EL AUTOR PREDILECTO, cuadro por E. Grutzner.—DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por H. Werner.—PRO PATRIA, dibujo por L. Roca.—TATUAJE Ó PINTURA DEL CUERPO DE LOS INDÍGENAS DE LA OCEANÍA.—FIRMANDO UNA SENTENCIA.—EXPERIMENTOS HECHOS EN LA ESTACION FISIOLÓGICA DE PARIS.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: ALEGORÍA DEL CARNAVAL, cuadro por G. L. Gatteri.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El problema del hambre.—Crisis de las artes de la edificación.—Un hombre sin pan es un peligro social.—El que hace las casas.—La orgía del domingo.—La elocuencia y la usura.—Dónde van á parar las alegrías del pobre.—Caridad á la fuerza.—El pan de las fieras.—Rugidos de león.—Fieras á los cristianos.—La ópera española.—Fantasía de Carnes-toltas.—La careta y el vino.—El amor de los quince años y el de los treinta, ó ambrosía y carne.

Al mismo tiempo que la empresa arrendadora de las sillas de hierro estaba colocando en el Prado múltiples filas de ellas para que sirviesen de escaparate á la vanidad y de mirador á los curiosos durante ese paseo de tres dias que se llama el Carnaval, reuníanse en el Salon centenares de obreros: iban silenciosos, con el rostro triste y á pesar de la crudeza de la estacion desprovistos de abrigo que no consiente su mísero peculio. Cuando dieron las diez de la mañana, eran más de 1,000 los obreros que allí se habian congregado. Formaban pequeños corrillos, hablaban con animacion, sin que de sus frases saliera ni una sola que diera pretexto á intervenir á los agentes de policía secreta y guardias de orden público que con ellos estaban mezclados. Aquello revestia los caracteres de una manifestacion, la manifestacion del hambre. Todos esos obreros y otros muchos que no habian acudido á aquel sitio, porque empleaban su tiempo en buscar trabajo, carecen de él en absoluto.

La crisis obrera de Madrid, de que ya hemos hablado otra vez, hace tiempo que se cierne sobre el horizonte de esta capital; no alcanza, como en Paris y en Lóndres, á todos los ramos de las manufacturas, sino que únicamente aqueja á los que viven de las artes de la construcción; nacida esta parálisis de que en Madrid, durante los últimos veinte años, se ha empleado en edificar casas más dinero del que la vida de Madrid necesitaba. De ahí vienen esos miles de cuartos desalquilados, que son la ruina de la propiedad urbana, y esas obras sin concluir, que se hacen viejas ántes de estar acabadas. Carpinteros, herreros, albañiles, pintores, todos los que contribuyen á elaborar esa obra de yeso, tejas, maderas y hierro en que se forma y se guarece la familia, han quedado cesantes por la fuerza misma de las cosas. Durante la época de la guerra civil, Madrid fué el refugio de muchas familias que no estaban seguras en sus lugares ni en sus haciendas, pero restablecida la calma han vuelto á ellas, y queda Madrid reducido á su antiguo carácter de hospedaje de empleados, paseo de curiosos y posada de extranjeros que viven unos dias entre las Ventas del Espíritu Santo y el Manzanares, considerando esta parte de su peregrinacion como necesario trámite para visitar Toledo, Granada y Sevilla.

Un obrero sin trabajo es un peligro social; si no se le atiende no solamente acudirán en su defensa los socialistas y los comunistas, sino que todas las almas caritativas, todos los nobles corazones protestarán con indignacion del abandono en que la sociedad le deja; si se le atiende parece crearse un derecho al trabajo contra el que se eleva la voz iracunda del economista, esa voz que nos está siempre amenazando con dolores y que jamás nos expresa un consuelo.

Más de la mitad de ese vecindario jornalero de Madrid vive de la albañilería. A la hora en que las campanas de las obras, con sus cinco tañidos clásicos, indican que el trabajo ha terminado, empieza por todas las calles de la capital el desfile de obreros vestidos con la blusa blanca. En sus rostros y en sus trajes hay gotas de cal que dan á entender bien claramente, con la claridad de las cosas blancas, cuál es el oficio de los que desfilan. Trátase de una multitud de albañiles que se distribuyen por la capital y que van á parar desde el lunes al viernes á las buhardillas de los barrios bajos, á las casas de vecindad de las calles de Toledo y Segovia; los sábados á las tabernas de esos mismos barrios, y los domingos tal vez á las propias tabernas, tal vez á un teatro.

Para los excesos de esa orgía del sábado y del domingo hay un remedio en el trabajo mismo, cuando, al rayar la aurora, el lunes el albañil coge el taleguillo en que va su merienda, sube de nuevo á su andamio y con la llana en una mano y la pella de yeso en la otra, continúa la labor interrumpida dos dias ántes. Pero ¡ay de aquella semana que no tiene para el albañil lunes! ¡ay de aquella semana que pone por consecucion de la orgía del domingo un dia de holganza y sin jornal!

El pobre jornalero vive en España en una situacion triste; que no la hay más triste que la de no poder con-

tar, para las enfermedades y las forzadas holganzas de la paralización en el trabajo, con un amparo que auxilie sin humillar.

En socorro de esta situacion excepcional del obrero privado de su jornal está funcionando á alta presion la máquina de la elocuencia, con que espíritus filántropos, pero ántes que filántropos oradores, proponen programas y manifiestan teorías tan salvadoras y bonitas como irrealizables. Con un espíritu más práctico, como es práctico todo aquello que piensa y ejecuta Harpagon en los barrios bajos, llamados así en Madrid por su posicion respecto de la Puerta del Sol, centro y ombligo de la corte, se han fundado desde luengos años y continúan fundándose y aumentando en número algunos establecimientos de modesta apariencia, donde se presta sobre alhajas y efectos que convengan. Estas últimas palabras constituyen la razon social y el emblema de aquellas casas de beneficencia á tanto por ciento.

Allí va el jornalero llevando primero los muebles que compró al casarse, luego las ropas del lecho, más tarde la chaqueta que lucia los domingos ó algunos pendientes que constituían parte de los regalos de boda; y por fin, las prendas más necesarias para salir á la calle abrigado y decente. En esas casas va quedándose el sudor de los pobres; y viendo, en los dias de liquidacion y venta, cómo aquellos mercaderes que saben encontrar riquezas cuantiosas entre montones de trabajo y entre rimeros de trastos viejos van haciendo el inventario de ellos, acuden tristes pensamientos á la mente, al mismo tiempo que desfilan por la fantasía lúgubres escenas de muerte y miserias.

* *

Obligado por las circunstancias el Ayuntamiento de Madrid ha dado trabajo á cuantos lo necesitaban. Esta manera de resolver el conflicto es sencillamente ceder ante una amenaza mansa, no la amenaza de las armas esgrimidas por puños varoniles é iracundos, sino la amenaza de la indignacion pública que no quiere presenciar cuadros de miseria. No faltará quien diga: «si los obreros para tener trabajo necesitan reunirse en número de 2,000, ya saben qué es lo que tienen que hacer aquellos desventurados que constantemente se ven privados de auxilios contra el hambre: congregarse; mientras no sean 2,000 la caridad no estallará; mientras no sean 2,000 el Ayuntamiento no se ocupará de su triste suerte; pero cuando hayan llegado á este número reunirse la corporacion municipal, se declarará en sesion permanente, acordará rápidas órdenes para que desde luego á todo el que se presente en las oficinas municipales se le entregue una azada ó un zapa-pico y se le envíe á recomponer las carreteras ó á limpiar de barro las calles.

El presupuesto de Madrid es pobre; la mala administracion hace aún más pequeños sus recursos; así que, en el trance que ahora le han colocado las circunstancias, el Alcalde no sabe de qué fondos echar mano; y todo se le vuelve barajar allí en su mente datos y guarismos, columnas de cifras, capítulos y conceptos, buscando entre aquel caos aritmético y algebraico algo que suprimir para dar pan á los obreros con lo que de la supresion resulte. Y la primera medida que parecia próxima á acordarse ó al menos se ha aventurado como proyecto, es la de suprimir la comida de las fieras del Retiro. Es lógico, para dar pan á los hombres, quitarles el pan á las fieras, por miedo de que el hombre se convierta en fiera. Mejor es que los leones y los tigres del Parque zoológico de Madrid rujan hambrientos detrás de sus jaulas, que no que leones con cara humana y tigres de dos piés recorran las calles lanzando el sordo rugido del hambre y estremeciendo á los burgueses que detrás de las vidrieras de sus gabinetes y arrimados á la lumbre, tiemblan de todas estas conmociones populares, como tiembla la víctima, aprestada al sacrificio, de los estremecimientos del hacha, cercana ya al tajo.

No tiene en verdad nada de notable el Parque zoológico de Madrid. Allí está un león que debia alimentarse régicamente, como que al fin y al cabo es el emblema vivo de las armas de España, y la enteez le ha dejado en los puros huesos y el frio le ha consumido poco á poco. En la jaula inmediata está su noble compañera, una leona del Atlas, que despues de largos años de cautiverio parece una perra domesticada y gotosa, y no la señora de las selvas, de cuyas entrañas han salido los reyes del bosque y del desierto. Lo que no se sabe todavía es qué se va á hacer de estas hermosas fieras, convertidas por el hambre en asquerosas alimañas; si van á ser vendidas á un exhibidor de fieras que las lleve por las ferias españolas ó si van á ser sacrificadas por la estrignina municipal.

* *

Un nuevo ensayo de ópera española ha hecho el Teatro de la Opera. El maestro Fernandez Grajal ha escrito la partitura de una ópera titulada: *El príncipe de Viana*, cuyo libreto es del Sr. Capdepon. El ensayo ha sido triste para los que tienen el noble empeño de dotar nuestra escena lírica de obras nacionales, capaces de competir con las de Meyerbeer, Donizetti y Rossini. Los partidarios de la ópera española y sus enemigos han discutido en la prensa acerca de si es ó no es posible que esa ópera exista algun dia; y en mi entender, la discusion es de todo punto innecesaria. Cuando se escriba una buena ópera, entónces la ópera empezará á existir. No consiste esta génesis del arte lírico nacional en que un gobierno conceda

subvenciones á éste ó al otro teatro; ni en que se aumenten plazas de profesores de música en el Conservatorio nacional; ni que el público se decida á imponerse el sacrificio de asistir á la representacion de obras endebles; basta con que de esas aulas del Conservatorio, de los coros de nuestras catedrales donde hay excelentes maestros músicos ó de una buhardilla donde tambien á veces se hospeda el genio, salga un compositor, llena el alma de melodías, y las escriba en el papel pautado, despues de unas cuantas noches de fiebre ó de unos cuantos años de trabajo. Cuando la obra esté terminada, en aquel momento empezará á existir la ópera nacional. Y si es necesario que el libreto se traduzca al italiano ó al francés, para que le canten los artistas extranjeros ó aquellos que de España salen para los teatros de las demás cortes de Europa, se traducirá, que no es gran empresa despues de todo ésta, ni aún la de acomodar la música escrita para el verso español al verso italiano ó francés. ¿Qué proteccion necesita un artista para tener genio? Se dirá que no sin grandes elementos se puede dedicar un hombre al estudio. Esto es cierto, y bien podria poner remedio á ello cualquier ministro de Fomento empleando algunas de las sumas que tienen sus capítulos de subvenciones, á enviar al extranjero y á sostener durante muchos años á los jóvenes que más disposicion han mostrado para el arte divino.

De todas maneras, son dignos de alabanza y merecen aplauso los empeños nobilísimos del Sr. Fernandez Grajal, que ha empleado sus extraordinarias condiciones de compositor, en dar á la escena la interesante vida del *príncipe de Viana*, sobre cuya cabeza tejen coronas de gloria y martirio la historia y la leyenda.

* *

Han empezado los bailes de máscaras. Dos teatros, cuando acaba la funcion de la noche, trasforman rápidamente su sala de butacas en un tablado de madera enlazándola con el escenario; desaparecen los bastidores y se levanta el telon; enciéndense todas las luces de gas, en el anfiteatro se coloca la orquesta; por las puertas entra peloton de máscaras; el maestro agita su batuta y sobre aquel oleaje de cabezas humanas flotan torrentes de armonía y sonoridad. Hay varios símbolos de la alegría carnavalesca... La careta: unas veces es monstruoso artificio de carton donde las facciones humanas han sido torturadas para expresar la fealdad; otras veces es el antifaz, un pedacillo de raso ó terciopelo que deja al descubierto los labios y parte de las mejillas para hermosearlas más y más con el encanto del misterio... La cena que precede al baile; una mesa espléndidamente servida; sobre ella la luz de las bujías centellea en el magnífico servicio de cristal y plata; los humeantes manjares son servidos por mozos discretos que, cuando llega la ocasion del champagne y de los besos, cierran la puerta del cuarto, alejándose con prudencia y oportunidad. Entónces la bacanal empieza. En estas noches, el dios Baco, que está por admirable modo pintado en el cuadro de Velazquez *Los borrachos*, salta del marco sobre el *parquet* de reluciente madera del museo del Prado y se va allá á la sala de enfrente á decir chicoleros á una Venus del Ticiano... La botella de champagne: este es otro símbolo de la alegría carnavalesca; es el acicate de las locuras, la disculpa de los errores, el sol de estas noches de orgía, un paréntesis de alegres notas que llenan con carcajadas el calderon de la desgracia y de las amarguras sociales.

* *

Hablar de los bailes de máscaras es hablar del wals. Los dos maestros que más se han distinguido escribiendo walses, son Wantelfeld y Metra, pero aunque hayan sido contemporáneos estos dos autores, que yo lo ignoro, y no tengo á mano ningun diccionario biográfico que me saque de mi duda, cada uno de ellos representa un modo distinto de la alegría. En Wantelfeld palpita el amor casto; escúchense carcajadas inocentes entre el ritmo de aquel acompañamiento de los contrabajos que hacen mecerse gallardamente á la melodía en ritmo melancólico y suave. En los walses de Metra, por el contrario, estallan carcajadas de burla y cinismo.

El amor, que danza entre las ondas de armonía de un wals de Wantelfeld es el de la juventud primera: descúbrense á lo lejos paisajes campestres y sobre el fino tapiz de yerba de un color esmeralda encendido, véense grupos de bailarines vestidos con trajes en que se mezclan lo señoril y lo rústico; y siendo centro de ellos, está un tañedor de violín de cuyo arco salen las dulces inspiraciones musicales. El wals de Metra recuerda y hace flotar ante las pupilas el espectáculo orgiástico y brillante de un baile de la Opera de Paris; millares de personas que bailan enlazadas en un comun abrazo; rostros que se quitan las caretas, como si ya no tuvieran nada que ocultar; el fondo brutal que hay en la alegría humana, que estalla en la superficie como el lodo estalla en las burbujas del agua, cuando se agita el légamo de los arroyos; la *coolette* con sus ademanos lúbricos y desgarrados; el gomoso con su elegancia afectada y antipática.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL AUTOR PREDILECTO,
cuadro por E. Grutzner

Este lienzo es un modelo de expresion. En la biblioteca de un convento se han reunido tres reverendos padres á fin de dar pasto al espíritu, sin olvidarse por esto de dársele á la materia. El más jóven lee en voz alta, sus dos compañeros prestan atencion al texto, que es visiblemente de su agrado. Así lo revelan sus semblantes, tan distintos como tipo, tan idénticos por la fruicion que en comun experimentan.

El mayor talento del artista se revela en la diversa manera de sonreír que tienen los tres personajes de esa escena, especie de gradacion de sonrisa que basta para avalorar su genio. El lector se entera por primera vez de los conceptos contenidos en la obra: por lo mismo que su inteligencia se halla ocupada en hacerse cargo de ella, la sonrisa con que expresa su satisfaccion es ménos marcada que la de sus compañeros. Para uno de estos, algo duro de oído, no es nuevo el libro; pero tiene necesidad de comprobar sus recuerdos, y al manifestar la satisfaccion que experimenta, por medio de una significativa sonrisa, comprime esta en parte como si temiera perder la menor de las palabras. El más anciano de los tres reverendos se sabe el libro de memoria: su sonrisa, perfectamente acentuada, es la del *amateur* que vuelve á oír la música que le recreó un día, es la sonrisa del gastrónomo que conoce el mérito del plato que come.

Las actitudes no pueden ser más naturales, ni cabe que el grupo se combine de manera más espontánea. Es un estudio hecho á conciencia y que avalora un grabado ejecutado con la delicadeza necesaria para que se destaque perfectamente la intencion del pintor.

DESPUES DE LA NEVADA,
cuadro por H. Werner

Bien dijo aquel en quien la fe competia con la ciencia, que *Dios apríeta pero no ahoga*. Apretada era, con efecto, la situacion de esas palomas, cuando otra paloma vino en su auxilio. A la vista del jardin nevado, contemplando á esas pobres avecillas que acudian con sus hijuelos, ni más ni ménos que los mendigos ostentan los suyos (ó los ajenos) para más enternecer al público, una hermosa jóven se ha sentido movida á compasion, y abandonando la abrigada estancia, háse convertido en Providencia de los necesitados. Acuden estos al inesperado festin, y sin cuidar gran cosa de darle las gracias á su bienhechora, se portan como unos verdaderos egoístas que son, es decir, se atracan á quien más puede, despues de lo cual dirán para su capote (ó para sus plumas): si te he visto no me acuerdo.

Una sola de esas aves se posa confiadamente en la espalda de la jóven y parece empeñada en darla un beso. ¿Será el instinto de la gratitud el que mueve á la paloma? ¿O será que los labios de la bella jóven aprisionan el grano que el ave apetece?... ¡Hay cada decepcion en eso que se llama agradecimiento!...

Aparte estas consideraciones, el cuadro produce buen efecto: la impresion que causa es verdaderamente *fria*. Casi nos arrepentimos de no haberlo guardado en cartera para su publicacion en agosto.

PRO PATRIA, dibujo por L. Roca

La idea de la patria y la idea del honor han sido en todo tiempo estímulo de las más sorprendentes hazañas. Otros sentimientos podrán, en lo humano, determinar hechos verdaderamente extraordinarios; podrán transformar el carácter del esposo dulce en vengativo esposo, de la madre tímida en leona esforzada que defiende la vida de sus cachorros, del amante apocado en Romeo valiente que arrostra sereno la espada ó el puñal de sus rivales... Pero las empresas que inspirará el patriotismo verdadero completado por el estímulo del honor, serán las únicas que produzcan verdaderos héroes; héroes ignorados muchas veces, de cuya grandeza no queda á menudo ni una cruz de palo sobre una improvisada sepultura, y por lo mismo más nobles, más generosos que aquellos de quienes la fama trompetea las hazañas.

El recuerdo de uno de esos mártires de la patria y del honor, ha inspirado el buen dibujo de nuestro paisano Roca, que cultiva en Roma la pintura, y que representa á un porta-estandarte ó abanderado, herido en el asalto de una plaza. Hay en esta figura lo que pudiéramos llamar verdad científica: la bala ha penetrado en sitio noble y el valiente oficial siente desfallecerse y busca el apoyo del próximo muro. El brazo derecho tendido á lo largo del cuerpo, soltará en breve la inútil espada; pero no así se desprenderá el honrado oficial de la bandera que simboliza la hcrra del ejército y que no arrebatará el enemigo sino despues que haya sido mortaja de su cadáver. La actitud del personaje es propia, como tambien la expresion del semblante que, con revelar el dolor que el cuerpo experimenta, parece templado por el sublime: *dulcis est pro patria morior*.

TATUAJE

ó pintura del cuerpo de los indígenas de la Oceanía

Cuántas personas hayan leído relatos de viajes á algunas de las islas del vasto archipiélago oceánico, tendrán sin duda noticia de la costumbre de pintarse el cuerpo de un modo indeleble, seguida por los habitantes de aquellos remotos países.

Esta costumbre arraigadísima en ellos, no reconoce solamente por causa el deseo de embellecerse y adornarse el desnudo cuerpo con dibujos más ó ménos caprichosos, sino que en los hombres es prueba de virilidad y de energía, y en las mujeres indicio de su elevada posición con respecto al resto de las demás.

Y en efecto, se necesita una resistencia á toda prueba, que sólo puede comunicar una preocupacion inveterada, para soportar la operacion del tatuaje. Esta se practica por medio de una especie de cincel agudo y dentado, de hueso ó de espina, en el cual se golpea con un pequeño mazo sobre la piel. Las penetrantes puntas del instrumento se humedecen en un líquido azulado, cuya base es el hollin procedente de la combustion de la nuez del *aleurites triloba*, y lo introducen en el dermis: tres ó cuatro personas sujetan al paciente, cuyas facciones manifiestan un penoso sufrimiento, siendo el dolor tan intolerable á veces que al cabo de algun tiempo se ha de suspender la operacion.

Los misioneros no han conseguido desterrar esta costumbre en la mayor parte de las islas, y los niños que consiguen conservar á su lado les abandonan cuando llega el momento de obtener estas pruebas de virilidad.

Hay indígenas que se dedican exclusivamente á pintar á los demás, sobresaliendo tanto en su profesion, como puede verse por los artísticos dibujos que representan nuestros grabados, copiados fielmente del natural.

FIRMANDO UNA SENTENCIA

Es realmente supremo para un hombre honrado el instante aquel en que penden de su firma la honra, la fortuna, la libertad, tal vez la vida de otro hombre. No es de extrañar, por lo tanto, que el magistrado de nuestro cuadro, pluma en ristre, como si fuera una espada mortífera en alto, lea y relea lo escrito, medite lo que lee y muestre una perplejidad que hace honor á su rectitud.

Junto al guardador de la ley, una jóven de hermoso semblante é inocente mirada, parece estar pendiente de la sentencia que va á firmarse: cualquiera diria que es la conciencia del magistrado que vela por la integridad de la justicia.

Este cuadro es una verdadera obra de estudio, pintada con firmeza y con el estilo especial que recuerda á los buenos maestros del arte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ALEGORÍA DEL CARNAVAL,
cuadro por G. L. Gatteri

El Carnaval es una cosa inexplicable para la razon, porque no es razonable que la humanidad enloquezca anualmente unos cuantos dias. Tradicion de una festival pagana, ni el ascetismo de los primeros siglos de la nueva era, ni la férrea sociedad de la Edad media, ni el sentido práctico de los tiempos modernos han podido disputar á la locura el reinado de tres dias cada año.

Tenemos, pues, que durante setenta y dos horas el valle de lágrimas se convierte en manicomio, donde cada manía ó ramo de locura toma una forma distinta; y de la misma suerte que cuantos pintores han formado el triste propósito de pintar una casa de orates, han debido renunciar á un argumento de conjunto y acudir á la reproduccion de distintos y en nada homogéneos grupos y personajes; así el autor de la alegoría del Carnaval se ha visto obligado á seguir igual procedimiento en la ejecucion de su propósito.

Tiene, pues, nuestro cuadro tantos asuntos como grupos; mas todos convergen á la misma idea y el todo no carece de la animacion característica de la época á que se refiere. Si la composicion resulta abigarrada, es porque el Carnaval es un verdadero abigarramiento; variedad grotesca dentro de la unidad del desenfado.

Tiene el lienzo animacion y áun cierta grandiosidad de conjunto, siendo de aplaudir en él que ese desenfado no haya revestido la forma de la desenvoltura.

LA MUÑECA

(CUENTO)

A Jacinto Octavio Picon

I

Hacia mucho frio, sentíase por él una impresion viva en la piel semejante á la que produjeran multitud de puntas de aguja pinchándonos á la vez por todas partes.

Serian las ocho de la noche.

Hallábase ya los escaparates de las tiendas como ascuas de oro; cual filas de estrellas lucian á uno y otro lado, temblorosas, las llamas de gas de los faroles; cruzaban de aquí para allá, pareadas, las lucecillas de los carruajes y á modo de chispas de bengala los focos rojos ó verdes de los coches del tranvía.

Como bandada dispersa las vivaces obreras de los grandes talleres caminaban á paso apresurado por las calles, haciendo flotar sobre sus lindas cabezas el ligero velo de la mantilla y mostrando el bello contorno de sus hombros y la esbeltez del talle al ceñir fuertemente á sus cuerpos el pesado manton, dirigiéndose ya á sus casas, en tanto que mujeres elegantes, cubiertas por ricos abrigos amplios y blancos á modo de jaiques, con los piecillos aún caldea-

dos al calor de la chimenea, medio adormecidas, en los coches del tranvía bajaban á los teatros, coqueteando con el gracioso desgaire de las gentes distinguidas.

Era la hora en que llega al mayor grado de bullicio el corro de voces chillonas y monótonas de los vendedores de periódicos.

Juan salia de su casa, escondiendo sus orejas y parte de su barba en el peludo cuello del gaban ruso, las manos enguantadas metidas en los bolsillos y en una apretaba el puño del baston, que contera en alto caíale al brazo, pegado á él como el sable de capitán de una caja de soldados de madera.

De esta suerte, y con el sombrero de copa bien encajado, dió algunos pasos frente á su casa, se paró, chupeteó el puro, golpeó levemente con los dedos el gaban para limpiarse la ceniza del cigarro y aguardó mirando al extremo de la calle.

A pesar de lo resueltamente que de su casa habia salido, quedóse un momento como á merced de la indecision, tal como si no tuviera punto determinado al que dirigirse.

Dejaba á Julia aburrída leyendo en su gabinete cerca de una mesa redonda con tapete color grana con dibujos oscuros y á la claridad de una lámpara de pantalla gris.

A la media hora la mujer de Juan quedaria probablemente dormida; el ama mecía la cuna del niño en la alcoba inmediata, y la hija mayor, Luisilla, niña de seis años, hacia papelitos con unas tijeritas de bordar, llenando con ellos un cenicero de bronce.

Le habian dado á Juan tentaciones de quedarse jugando con la niña; y el caso era que hasta al día siguiente, á las seis de la tarde, no volveria á verla, porque á ella la llevaban muy de mañana al colegio y él no volvia sino ya noche de su oficina. La verdad era que casi, casi, se detiene y se queda á disfrutar del parloteo gracioso de la niña, dejándola que jugasen sus deditos con su larga barba rubia y sintiendo los besos de su pura y fresca boquita ó cubriendo con la suya sus tersas sienas.

Hasta le acometió, por un momento, el dolor de dejar sola por tantas horas á la pobre Julia y más disponiéndose á hacerla... una traicion.

Debió de haberse quedado en casa.

Julia se lo habia rogado dulcemente, tan dulcemente que, á pesar del sentido de las palabras, más que un reproche parecia formular con su voz una tierna súplica.

—¿Sales?—le habia dicho con tristeza,—¡qué fastidio! ¿A qué hora vendrás?

—¡Oh, tarde, muy tarde!—contestó el hipócrita mostrándose como gravemente apesadumbrado por el rigor de serios compromisos.—Un pícaro negocio me jaqueará toda la noche.

—Mira, papá,—hábele dicho Luisita, continuando con su vocecilla delicada una relacion emprendida á los postes y ántes de que alzarán los manteles,—es una muñeca tan bonita... ¡Si vieras, la venden con su baul mundo y todo, como si viniera de un largo viaje! Carolina tiene otra igual. Por supuesto, que trae mucha capota y mucho traje de lujo... pero poca ropa blanca, pocas camisas... ¡No, como yo tuviera una muñeca, ya la cuidaria... y la querria mucho!

¡Cuidarla, quererla mucho, ensayo primero de maternidad!

Al oír esto fué cuando Juan quedó como arrepentido de intentar la escapatoria: aquella suave luz, aquel calorillo confortable de una chimenea en que se agitaban las llamas y chisporroteaban los leños de encina, aquella dulce velada, cerca de la bondadosa mujer y oyendo hablar de sus ilusiones á la niña, que de un rinconcillo hacia un hogar y de una muñeca un sér amado, dejáronle perplejo un momento, pero la tentacion punzó con vivo deseo. Sintió la espina venenosa recrudesciendo la herida... y se dispuso para salir... y salió.

El reloj de la estancia á golpes acompasados y fuertes quedóse diciendo al ver que aquel hombre despreciaba las horas de dicha que se le ofrecian:

—Ton-to, Ton-to, Ton-to!

II

Juan asaltó el tranvía, entró y sentóse junto á un gruoso señorón y á una recompuesta señora.

Habia cedido á la tentacion y se dirigia á casa de Estrella, una amiga antigua á la que no habia vuelto á ver desde dos ó tres meses ántes de su matrimonio; ya casado, no debia permitirse aquella locura, pero la moral en tan extremado rigor era una ridiculez; además, la moral, estrecha segun la edad y segun el sexo, no le habia de ceñir á él como á una mujer ó á un niño: Juan era un hombre de mundo.

Estrella estaba muy guapa; cierto que tal mujer no podia inspirarle sentimiento alguno, pero resucitaba los turbulentos dias de su época de soltero.

Tenia un cutis blanco, tentador, una mirada atrevida, buen cuerpo, y hacíale gracia á Juan hasta el osado gesto y el ostentoso continente de la alegre muchacha.

Estrella le habia sonreído y le habia citado; seria ridículo hacerse pasar por marido gazmoño, además... además... Echóse á reír y se encogió de hombros, como gozando en verse á sí mismo un poco malvado.

Reparó en las caras de los compañeros del viaje de calle á calle; eran los de siempre; miró por entre los cristales é hizo por ver por dónde llegaba ya el coche. Un señor grueso, colocado cerca de él, se revolvia en su asiento, y una señora de veinticinco alfileres, remiraba por todas partes en demanda de admiradores; dos negociantes al



DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por H. Werner



ALEGORÍA DEL CARNAVAL (CUADRO POR G. L. GATTERI)



PRO PATRIA, dibujo por L. Roca



TATUAJE, ó pintura del cuerpo de los indígenas de la Oceania (copiado de una fotografia)

posible. Y aunque todo el mundo tenga la pretension de saber correr y andar, hay algunos andarines y corredores que no hacen ningun esfuerzo inútil, y arreglan el compás y la longitud de su paso, segun que la etapa sea larga ó la marcha rápida.

Estos prácticos son incapaces de comunicar el secreto de su habilidad, pues ni ellos mismos lo conocen, por no haber reflexionado acerca de unos actos que en cierto modo ejecutan maquinalmente. Pero se puede sorprender este secreto, y con este objeto se preparan algunos experimentos y análisis en la estacion fisiológica establecida en el Parque de los Príncipes, en Paris, bajo la direccion de M. Marey, siendo posible esperar que desde el momento en que se conozcan bien los caracteres del ejercicio en cuestion, será posible enseñar de una manera metódica los principios de la marcha, de la carrera, del salto y, en general, de todos los ejercicios del cuerpo.

Considerada la cuestion de la marcha del hombre desde el punto de vista militar, tiene especial importancia, pero tambien ofrece dificultades especiales. Como los ejercicios del soldado no son exclusivamente peculiares de hombres escogidos, sino que han de practicarlos toda clase de individuos, deben estar regulados para jóvenes de fuerza y vigor medianos. La experiencia es la única que debe decidir en semejante asunto, y por esto se ha fijado despues de laboriosos ensayos la longitud del paso del soldado, el compás de su marcha, y la carga que debe llevar, para utilizar sus fuerzas del mejor modo posible.

Pero si se considera que las diferentes naciones militares no tienen costumbres semejantes por tal concepto, y que en una misma nacion se introducen de vez en cuando modificaciones en los reglamentos militares, fuerza será deducir de esto que todavia no se conocen bastante las leyes fisiológicas del trabajo del hombre.

Por este motivo se han emprendido en la estacion fisiológica ántes citada experimentos destinados á completar las nociones que se tienen sobre las condiciones más favorables de la marcha y la carrera. Como la dificultad de estos

estudios estriba en el gran número de observaciones que requieren, en la atencion incesante y en la paciencia casi sobrehumana que necesitan, se ha apelado á ciertos aparatos para que asuman la fastidiosa tarea de inscribir las particularidades de cada observacion individual, dejando únicamente para el experimentador el trabajo de deducir de ellas las conclusiones generales.

Uno de dichos aparatos es el *odógrafo*, merced al cual se puede inscribir la marcha del hombre, anotando con exacta fidelidad la velocidad del paso, su mayor ó menor regularidad, su número y longitud, y por último las modificaciones que los caracteres de la marcha experimentan por efecto de ciertas influencias.

La figura 1 representa un hombre corriendo por una pista de pruebas y los aparatos que inscriben los caracteres de su marcha. La comunicacion entre el hombre que se mueve libremente en una pista circular de medio kilómetro de circunferencia y el aparato anotador instalado en una mesa de laboratorio se establece por medio de una serie de señales eléctricas muy inmediatas entre sí.

Con este objeto, hay al rededor de la pista una línea telegráfica cuyos postes distan 50 metros unos de otros; y en cada poste está colocado un aparato interruptor que trasmite una señal en el momento preciso en que el hombre pasa por delante de él.

En efecto, el corredor encuentra en todos ellos su camino interceptado por una varilla horizontal (fig. 2) que cede á la menor presion, pero que no se puede desviar sin que produzca una interrupcion en el circuito de la línea telegráfica, interrupcion que da lugar al movimiento de un lápiz que traza una raya en un cilindro giratorio forrado de papel, denotando cada una de estas rayas que el andarín acaba de recorrer 50 metros.

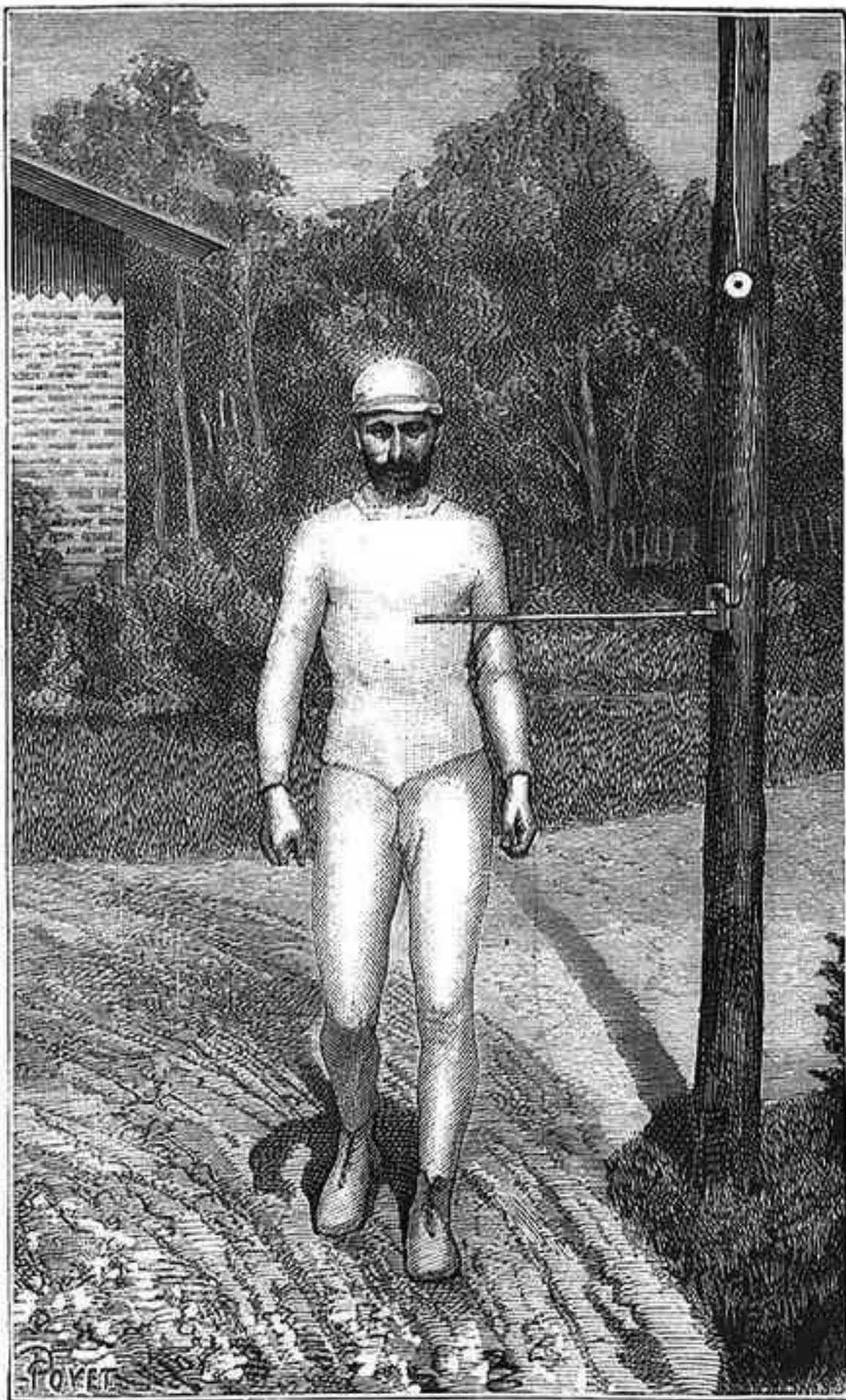
El mecanismo del interruptor eléctrico es muy sencillo; la varilla está situada perpendicularmente sobre un tubo de cobre que gira alrededor de un eje vertical: este tubo está cortado oblicuamente en su parte superior, sobre la cual descansa una pieza movible en sentido vertical, que por abajo presenta una superficie oblicua en sentido inverso al de la precedente. Todo movimiento lateral impreso á la varilla hará que corran uno sobre otro los dos planos inclinados y que se levante la pieza movible superior, levantamiento que produce la rotura del circuito. A este fin, un muelle horizontal que descansa en un boton metálico establece delante de los postes un contacto que se interrumpirá siempre que la pieza movible levante el muelle, interrupcion que ocurrirá cuantas veces se desvie la varilla, cualquiera que sea la direccion que el hombre siga al correr por la pista. Tan luégo como haya pasado éste, la varilla recobra por sí misma su posicion primitiva por efecto de los planos inclinados comprimidos uno contra otro, y al mismo tiempo se restablece la corriente momentáneamente interrumpida. Cuantas veces pase el corredor por delante de un poste tropezando con una varilla, otras tantas ocurrirá una nueva interrupcion.

La corriente de un solo elemento de pila recorre toda la línea telegráfica, y si observamos el trayecto de la figura 1 vemos que, partiendo de la pila, pasa á la cogolla del



FIRMANDO UNA SENTENCIA

La corriente de un solo elemento de pila recorre toda la línea telegráfica, y si observamos el trayecto de la figura 1 vemos que, partiendo de la pila, pasa á la cogolla del



EL ANDARIN AL PASAR POR DELANTE DE UN POSTE DE LA LÍNEA TELEGRÁFICA, OCASIONA UNA INTERRUPCIÓN DE LA CORRIENTE Y HACE FUNCIONAR EL ODÓGRAFO.

primer poste telegráfico, baja por este poste, atraviesa el contacto que forma en el aparato interruptor el resorte ó muelle que descansa en un boton metálico, vuelve á subir á la cogolla del primer poste, desde la cual sale para pasar á la del poste núm. 2, atravesando en este del mismo modo el aparato interruptor. Cuando sale la corriente del último poste, entra en el laboratorio, atraviesa el electro-iman del odógrafo y vuelve á la pila. Mientras el circuito está cerrado, el electro-iman, fuertemente atraído, sujeta un aparato de relojería que lleva el lápiz trazador; pero á cada rotura de aquel, el referido electro-iman se separa, deja un momento en libertad las ruedas, y poniéndose estas en marcha, hacen que avance el lápiz sobre el papel.

Bastarán algunas indicaciones para explicar cómo funciona el odógrafo. El cilindro forrado de papel gira con uniformidad, impelido por un aparato de relojería metido en una caja cerrada que está colocada en el extremo de su eje. La velocidad de esta rotacion es tal, que pasa por delante del lápiz medio centímetro de papel por minuto.

Además, el lápiz cuya punta sostenida por una palanquita de metal descansa en la parte superior del cilindro, se pone en movimiento siempre que la corriente de la línea sufre una interrupcion. A este fin, la pieza que hace mover el lápiz paralelamente á la generatriz del cilindro está atravesada por un tornillo que, en conexion con una rueda del aparato de relojería metido en la caja, está siempre en disposicion de girar. Compréndese que la rotacion de este tornillo da lugar al movimiento de la pieza que lleva el lápiz, y por consecuencia al de éste sobre el papel. Pero el tornillo tiene dos orejitas que se enganchan en la armadura del electro-iman é impiden el movimiento del mismo tornillo. Cuando ocurre una interrupcion de la corriente, quedando en libertad este tornillo, empieza á girar, pero como el paso del andarin por delante del interruptor dura poco y el circuito se cierra casi al punto, el hierro dulce del electro-iman es atraído de nuevo, y cuando el tornillo haya dado media vuelta, su segunda orejita se enganchará á la armadura de aquel. Por consiguiente, el lápiz avanza á cada rotura de la corriente una cantidad igual, que corresponde á la mitad de la longitud del paso del tornillo, ó sea á un milímetro.

Después de una marcha ó de una carrera queda trazada en la hoja de papel una línea sinuosa, en la cual el tiempo se cuenta en el sentido horizontal en que los minutos equivalen á medio centímetro. Los trechos recorridos se cuentan en el sentido vertical, y cada nueva ascension de la línea corresponde á una desviacion del lápiz, es decir, á la rotura de la corriente de la línea por el andarin que pasa por delante de un poste.

Mediante el estudio de estas curvas, se han podido

reunir datos exactos sobre los caracteres de la marcha y conocer, ya los efectos de la excitacion que en ciertos hombres es causa de que aceleren la marcha durante los primeros cuartos de hora, ó ya los del cansancio que, más ó menos tarde y de un modo más ó menos marcado, la acortan. La marcha de algunos individuos es de regularidad sorprendente, lo cual se conoce en la rectitud perfecta del trazado odográfico.

Por el contrario, cualquiera irregularidad en esta rapididad se echa de ver en las inflexiones de la línea, la cual sube cuando la marcha se acelera, y baja cuando se acorta.

Tal es la disposicion experimental empleada en la Estacion fisiológica para estudiar las distintas influencias que modifican la velocidad de la marcha; influencias que consisten principalmente en la carga que se ha de llevar, en la forma del calzado, en la rapidez del compás de la corneta que regula el paso de los soldados, etc. Estos experimentos están en vías de ejecucion, y aún habrá de transcurrir mucho tiempo ántes de que terminen; pero han dado ya resultados bastante interesantes.

Como acabamos de decir, la forma del calzado influye en la velocidad de la marcha. Para averiguar cuál sea la más conveniente, M. Marey ha mandado construir botinas cuyo tacon se compone de tapas de medio centímetro, y que se pueden sobreponer en número variable para tener un tacon que varíe entre $\frac{1}{2}$ y 6 centímetros. En una serie de marchas sucesivas hechas con tacones de alturas decrecientes, se ha observado que la velocidad aumentaba conforme disminuía la altura del tacon, resultado que dependia de un aumento en la longitud del paso.

Haciendo pruebas con varias suelas, cortas, medianas ó largas, se ha visto que el paso se alarga y que se acelera la marcha cuando la longitud de la suela es mayor que la del pie. Pasando de cierto límite, que no se podrá precisar sino después de muchas pruebas, la prolongacion de la suela ocasiona una fatiga notable y molesta la marcha.

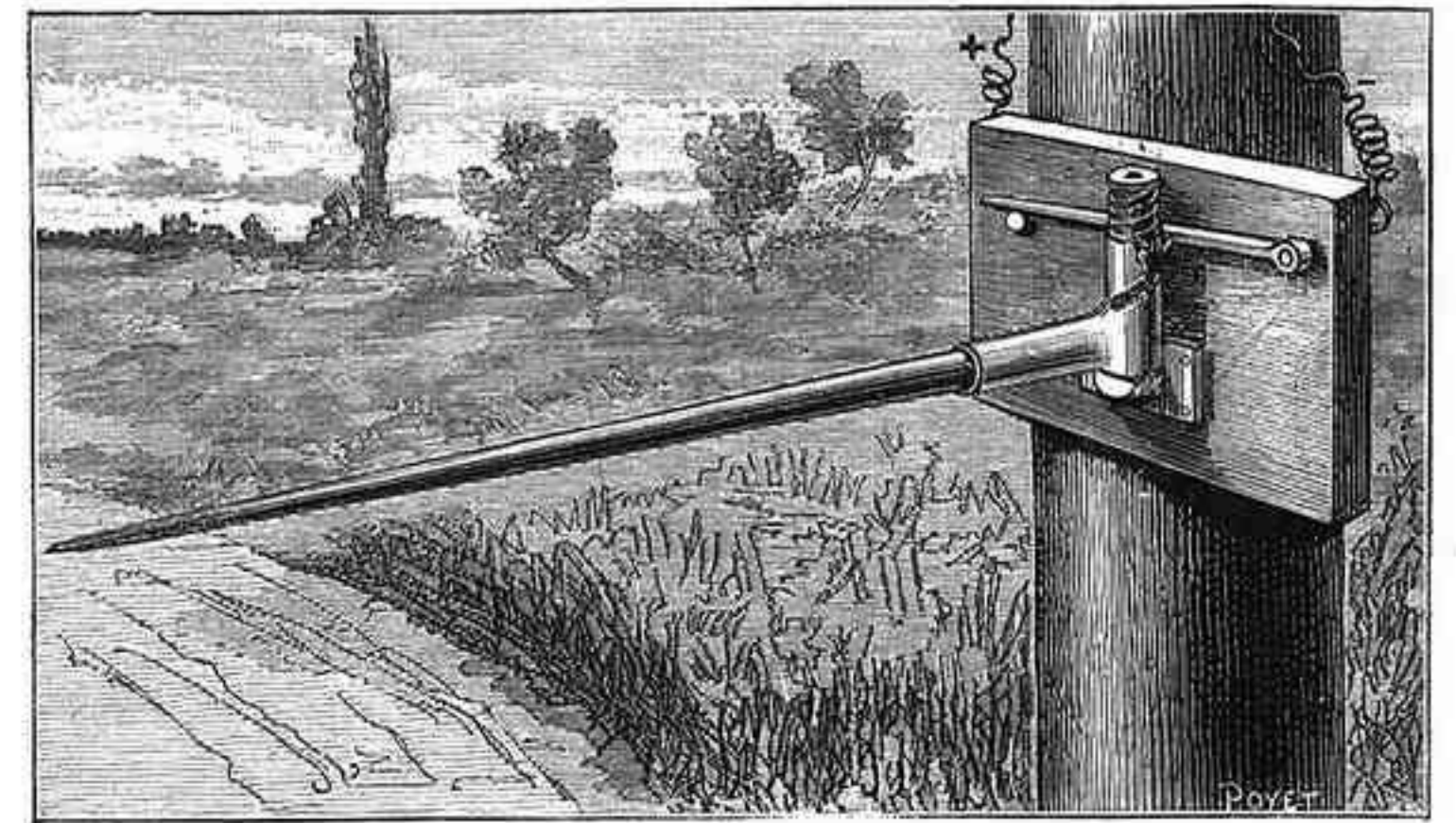
El compás del tambor y de la trompeta regula el paso del soldado en marcha, y cuando se quiere que la tropa la acelere, se acelera el compás, y el número de pasos efectuados en un tiempo dado es mayor. Pero ¿se sigue de aquí que la rapidez de la marcha aumenta en la misma proporcion? Vamos á ver que el problema es muy complejo y que la aceleracion del compás de la marcha aumenta la rapidez de esta hasta cierto compás próximo á 80 pasos por minuto; pasado este límite, el aumento en la frecuencia del paso ocasiona una disminucion en dicha rapidez.

Para conocer esta influencia del compás, hay que añadir á los aparatos ántes descritos otro que regule con precision absoluta el número de pasos que se den por minuto. Un péndulo representado en la parte superior y á la izquierda de la figura 1 interrumpe á cada oscilacion la corriente de una fuerte pila que hace funcionar un timbre

situado en el centro de la pista y en una armazón elevada para que se oiga bien desde todos los puntos de aquella. El andarin no puede ménos de regular su paso á los sonidos del timbre, de suerte que al cabo de cierto tiempo el número de pasos dados será exactamente igual al de las oscilaciones del péndulo. Un cursor que corre á lo largo de la varilla del péndulo da á este un número de oscilaciones determinado exactamente de antemano para cada una de sus posiciones.

Asignando á la marcha un compás lento, como de 40 pasos por minuto, y aumentando en seguida progresivamente la rapidez de este compás, se ve que se recorre un mismo número de kilómetros en espacios de tiempo desiguales, segun el compás del paso.

Los hermanos Weber, célebres fisiologistas alemanes, suponian que los pasos eran más largos á medida que el compás se aceleraba. Pero esta fórmula es demasiado general, y si es cierto que en una marcha algo rápida la aceleracion del compás aumenta la longitud del paso, cuando aquella es mayor acaba por acortarla.

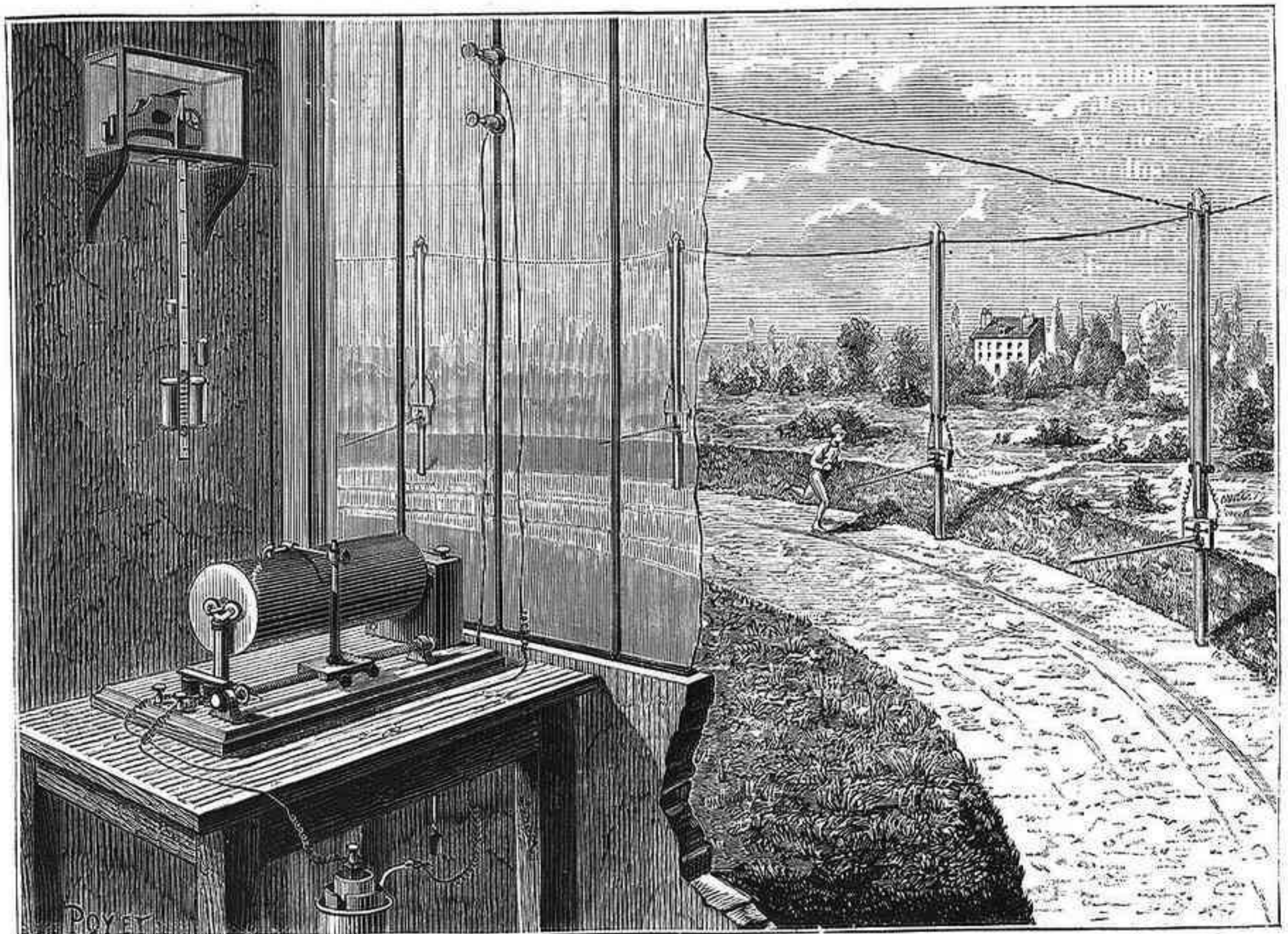


DETALLES DE CONSTRUCCION DEL INTERRUPTOR

Pero se dirá: ¿cómo se puede apreciar la longitud del paso en estos experimentos? Esta longitud se deduce simplemente del número de oscilaciones del péndulo durante una vuelta entera á la pista que representa una distancia perfectamente conocida. Pues bien, la experiencia ha demostrado que la aceleracion progresiva del compás ocasionaba en la longitud de los pasos notables modificaciones, y que si el de 60 hasta 80 pasos por minuto aumenta en efecto la longitud susodicha, á partir de esta última cifra la aceleracion produce un resultado contrario.

Se ha podido determinar la razon física de esta disminucion en los compases muy rápidos, mas para exponerla seria menester descender á detalles que prolongarian con exceso este artículo, cuyo único objeto ha sido demostrar que los métodos rigurosos de la fisiología pueden servir para el perfeccionamiento de los actos más usuales de la vida.

M. A.



DISPOSICION GENERAL DE LOS EXPERIMENTOS SOBRE LA MARCHA EN LA ESTACION FISIOLÓGICA DEL PARQUE DE LOS PRÍNCIPES EN PARIS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte. Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON